

La Política del Genocidio Cultural

Usos y Abusos de la Destrucción de la Biblioteca Nacional de Bosnia-Herzegovina como Herramienta de Propaganda Occidental

Blair Kuntz

Universidad de Toronto

El artículo original en inglés lleva por título "The Politics of Cultural Genocide: Uses and Abuses of the Destruction of the National Library of Bosnia-Herzegovina as a Western Propaganda Tool", y fue publicado en la revista estadounidense *Progressive Librarian* (#40, Fall/Winter 2012, pp. 91-108). La traducción ha sido realizada por Sara Plaza, revisada por Edgardo Civallero y difundida desde "Bibliotecario" (<http://biblio-tecario.blogspot.com>) con los permisos pertinentes.

El bombardeo de la Biblioteca Nacional de Bosnia-Herzegovina en Sarajevo el 25 de agosto de 1992, supuso una de las mayores destrucciones de un hito del patrimonio cultural ocurridas en tiempos de guerra desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945. El incendio resultante, agravado por el hecho de que antes del bombardeo se había cortado el suministro de agua a la ciudad, duró tres días, al cabo de los cuales más del noventa por ciento de su colección se había quemado. Fundada en 1945 como la biblioteca central de Bosnia-Herzegovina (en el edificio del antiguo Ayuntamiento de Sarajevo), albergaba materiales escritos en distintos alfabetos, incluyendo libros raros, manuscritos originales y documentos de archivo. El bombardeo se produjo al comienzo de la guerra civil en Bosnia-Herzegovina, que durante tres años (1992-1995) enfrentó a serbios, croatas y bosnios musulmanes, y a lo largo de la cual las potencias occidentales como Estados Unidos y varios estados miembros de la Unión Europea apoyaron a los bosnios musulmanes. Las fuerzas serbio-bosnias dirigidas por Radovan Karadzic y Ratko Mladic supervisaron el bombardeo del edificio. El ejército serbio aseguraría después que el edificio estaba siendo utilizado como refugio militar, si bien estas declaraciones no están confirmadas.

A priori, el bombardeo de cualquier institución cultural, especialmente de una que cuente con piezas culturales invaluable es, en todos los aspectos, una acción reprobable, y este sentimiento queda reflejado en la placa que se colocó más tarde en el exterior del edificio en ruinas. En ella puede leerse:

En este lugar, en la noche del 25 al 26 de agosto de 1992 criminales serbios incendiaron la Biblioteca Nacional y Universitaria de Bosnia y Herzegovina.

Más de dos millones de libros, publicaciones periódicas y documentos desaparecieron bajo las llamas. ¡No olvides, recuerda y advierte!

Algunos años más tarde, el 31 de marzo de 2001, el ex presidente serbio Slobodan Milosevic fue secuestrado y arrestado por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (TPIY), un comité del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas promovido por Estados Unidos, cuya creación y funcionamiento dependieron en gran medida del dinero occidental, especialmente estadounidense, bajo las acusaciones de genocidio, crímenes contra la humanidad y violaciones de las leyes y costumbres de la guerra. El bombardeo de la biblioteca y la supuesta destrucción de patrimonio cultural bosnio fueron utilizados en una campaña para probar la complicidad de Milosevic en el “genocidio cultural” o “la destrucción deliberada del patrimonio cultural de un pueblo por cualesquiera razones ideológicas” (Edwards 2008: 79).

La acusación en este ámbito contó con la ayuda de un bibliotecario de la Universidad de Harvard, Andras Riedlmayer, que el 8 de julio de 2003 compareció ante el TPIY testificando contra Milosevic por el delito de genocidio cultural. En su testimonio, Riedlmayer utilizó el bombardeo de la Biblioteca Nacional, y también el del Instituto de Sarajevo el 17 de marzo de 1992, como principales evidencias de este genocidio (Riedlmayer 2007: pp. 107-132). Tanto en su testimonio como en su investigación concerniente a la destrucción por parte de Serbia del patrimonio cultural de Bosnia, y después de Kosovo, su relato se adhiere casi en su totalidad y sin tapujos al construido por los gobiernos y los medios de comunicación occidentales públicos y privados, a saber: si bien otras nacionalidades cometieron actos violentos, los serbios fueron los mayores responsables de la instigación a la violencia y quienes intentaron, con el despótico y demente Slobodan Milosevic a la cabeza, crear una Gran Serbia llevando a cabo una limpieza étnica contra las otras nacionalidades. En Bosnia, continua la historia oficial, los serbios de Bosnia trataron de limpiar la zona de bosnios musulmanes que pretendían crear un modelo ejemplar de sociedad multiétnica. Al final, solo el bombardeo estadounidense logró poner fin a las hostilidades en Bosnia, al obligar a Milosevic a sentarse a la mesa de negociaciones. El relato se reanudará más adelante en Kosovo; una vez más las brutales acciones de Serbia contra los indefensos albanokosovares serán las que fuercen a la comunidad “internacional”, es decir, Estados Unidos y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), a acudir en ayuda de los acosados kosovares que estaban siendo masacrados sin piedad por los intransigentes serbios. En las manos de Riedlmayer la historia se extiende a la esfera cultural, en donde los serbios fueron los únicos que realizaron una violenta campaña de genocidio cultural para limpiar regiones enteras, basada en la etnicidad. Aunque otras nacionalidades (bosnios musulmanes, croatas, albanokosovares) pudieron haber realizado actos de violencia cultural contra los serbios, según su relato no hubo un plan coordinado para destruir su patrimonio cultural con el fin de diezmar su identificación como pueblo.

Como señala la escritora y periodista Diana Johnstone, “casi todo acerca de este cuento es falso. Desagraciadamente, desmentir falsedades, sobre todo las consolidadas, es una tarea difícil. Lo que se repite una y otra vez acaba convirtiéndose en verdad” (Johnstone 2002: 5). Ella y otros autores han cuestionado enérgicamente

estas mentiras y planteado preguntas incisivas como: ¿En vez de ser cuestiones “humanitarias” las que motivaron la participación occidental en la zona, no estaría el interés de estos países más relacionado con los aspectos económicos y el deseo de acabar con la antigua Yugoslavia, el último baluarte socialista que se interponía en el camino de la globalización económica? ¿Si Milosevic fue un malvado tirano, por qué fue alabado por el papel que desempeñó en la negociación de los acuerdos de Dayton que pusieron fin al conflicto en 1995? ¿Si los kosovares fueron objeto de limpieza étnica, por qué el flujo de refugiados no comenzó hasta *después* del incesante bombardeo de Serbia por parte de la OTAN (Parenti 2000: 125)? Es más, ¿por qué ningún estadounidense o participante de países de la OTAN, como Bill Clinton, Madeleine Albright, Tony Blair, el general estadounidense Wesley Clark o el portavoz de la OTAN Jamie Shea, ha sido acusado jamás de violaciones graves del derecho internacional como resultado de la invasión ilegal de Serbia en 1999? ¿Si a Estados Unidos y la OTAN se les permitió salvar Kosovo mediante una auto-denominada “intervención humanitaria” en 1999, por qué los mismos actores condenaron a Rusia por conducir su propia intervención humanitaria en 2008 en nombre de las minorías de Osetia del Sur y Abjasia que lucharon contra la opresión en Georgia (BBC News 2009)?

Inspirándose en las reflexiones anteriores, este artículo cuestiona las alegaciones occidentales de “genocidio cultural” perpetrado por los serbios lanzando las siguientes preguntas: ¿si los países occidentales estaban tan preocupados por el genocidio cultural, por qué casi al mismo tiempo no elevaron sus quejas cuando aliados occidentales como Turquía, Israel y los talibanes afganos cometieron actos graves de destrucción cultural? ¿Por qué ningún instigador estadounidense o británico ha sido jamás acusado de la destrucción cultural que tuvo lugar en Irak desde que el país fuera invadido ilegalmente en 2003? ¿Si Estados Unidos está tan preocupado por el genocidio y la aplicación del derecho internacional, por qué no ha ratificado [el tratado que creó] la Corte Internacional Penal en 2002? Además, ¿puede confiarse en un país como Estados Unidos, que ha estado implicado en otros actos de genocidio cultural en Guatemala, Timor Oriental, Vietnam o Camboya, cuando expresa su preocupación sobre la aniquilación de culturas? Después de todo, el testimonio de Riedlmayer ante el TPIY trató de probar que el bombardeo de la Biblioteca de Bosnia y Herzegovina, al igual que la destrucción de otros sitios culturales bosnios musulmanes, respondió a una política deliberada de genocidio cultural contra la comunidad bosnia musulmana.

Los aspectos políticos del genocidio cultural

El bombardeo de la Biblioteca Nacional de Bosnia y Herzegovina fue un hecho claramente traumático para los tres grupos étnicos que vivían allí. Sin embargo, dos bibliotecarios bosnios de Sarajevo, Savo Peic y Aisa Telalovic, se negaron a culpar únicamente a las fuerzas serbias de la destrucción del patrimonio cultural bosnio, y reconocieron que los tres bandos involucrados en la guerra de Bosnia (serbios, croatas y [bosnios] musulmanes) contribuyeron a la devastación. Como ellos apuntan:

La guerra en la antigua Yugoslavia ha sido responsable de destruir y demoler ciudades, pueblos, templos (iglesias católicas, ortodoxas y mezquitas musulmanas), escuelas y otras instituciones de enseñanza superior, monumentos culturales e históricos, bibliotecas y archivos... Fue como si las tres partes tuvieran un deseo mortal de borrar su existencia y patrimonio nacionales de la faz de la tierra (Peic 1999: 151).

Su interpretación es consistente con el panorama multicultural que existía en Bosnia y Herzegovina, donde ninguna nacionalidad era mayoritaria y donde muchos ciudadanos eran hijos de matrimonios mixtos. De hecho, muchos ciudadanos se identificaban a sí mismos como yugoslavos y no como bosnios musulmanes, serbios o croatas (Parenti 2000:30).

Además, aunque la interpretación de los dos bibliotecarios bosnios no tiene en cuenta la interferencia exterior occidental (principalmente de Alemania, Austria, el Vaticano y Estados Unidos) que llevó a la desintegración de la antigua Yugoslavia, sus análisis incluyen muchos más matices que el promovido por Andras Riedlmayer, el bibliotecario de la Universidad de Harvard que testificó contra el ex líder serbio Slobodan Milosevic, acusado de genocidio cultural, ante el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia. Riedlmayer se adhiere casi por completo a la línea oficial marcada por el gobierno estadounidense en relación a las Guerras de los Balcanes, ocurridas entre los años 1991 y 2001. Según su punto de vista, las guerras son en primer lugar culpa de los serbios, dirigidos por un líder despiadado, Milosevic, a quien junto a sus acólitos hay que atribuir prácticamente toda la responsabilidad por el conflicto. Tal y como indica en su artículo sobre la destrucción de las bibliotecas durante las Guerras de los Balcanes, “mientras la atención de los líderes occidentales se centraba en el colapso de la Unión Soviética y en los desafíos que presentaba la creación de una moneda común europea, la guerra estalló en el patio trasero de Europa” (Riedlmayer 2007: 108). Es aquí donde los sesgos de Riedlmayer quedan al desnudo: a los buenos países occidentales, que de verdad querían atender otros asuntos más importantes, el inesperado estallido de odio étnico en su patio trasero les pilló con la guardia baja, forzándolos a participar en una “intervención humanitaria”, la cual fue puramente altruista y no tuvo nada que ver con sus propios intereses neoliberales.

Las numerosas explicaciones alternativas que se han propuesto sobre la intervención occidental en los Balcanes, tales como el deseo de eliminar Yugoslavia como el último bastión socialista que se interponía en el camino hacia la globalización económica; el deseo de crear un oleoducto seguro para transportar el petróleo del Caspio hasta el Mediterráneo; el anhelo de restablecer la “credibilidad” de la OTAN; el deseo de derrocar la autoridad de las Naciones Unidas a favor de los intereses occidentales; el deseo de Alemania de deshacerse de su pasado nazi y volver a ganarse la respetabilidad para participar en guerras “legítimas”; y la aspiración estadounidense de obtener prestigio entre las naciones islámicas, están ausentes del relato de Riedlmayer. Por eso, ni siquiera se menciona la participación activa de Alemania sembrando la discordia en Eslovenia y Croacia (Johnstone 2002: 27; Parenti 2000: 25), por ejemplo, y su versión de la guerra en Bosnia y Herzegovina, al igual que las

declaraciones de la prensa occidental en aquel momento, describe el conflicto como un holocausto perpetrado contra los bosnios musulmanes cuando, en verdad, de acuerdo al negociador británico David Owen, un obstáculo importante para alcanzar un acuerdo de paz en 1992 fue que tanto la administración de Bush como la de Clinton animaron a los bosnios musulmanes a no aceptar compromisos, prometiéndoles a cambio el apoyo de la OTAN (Johnstone 2002: 159).

Coherente con su discurso a favor del gobierno estadounidense, Riedlmayer adelanta su relato hasta 1999 con descripciones de lo que él denomina la “quemada” y la represión serbias en Kosovo detallando la destrucción por parte de Serbia de bibliotecas, escuelas y archivos albanokosovares. Como de costumbre, sin embargo, oculta, o quizás no le interesa detallar, otros hechos cruciales que contradicen su argumento. Por ejemplo, dice que “tras el fracaso de las conversaciones de paz a comienzos de 1999, la OTAN *intervino* [la cursiva es del autor] a finales de marzo de 1999 lanzando ataques aéreos sobre Kosovo y la propia Serbia” (Riedlmayer 2007: 124). Sin embargo, la llamada “intervención” de la OTAN liderada por Estados Unidos fue en realidad una invasión ilegal que ignoró la Carta de Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y la propia Carta de la OTAN. El relato de Riedlmayer de las fallidas negociaciones de paz de Rambouillet, que precedieron al ataque de la OTAN sobre Serbia en 1999, también evita mencionar que las conversaciones fueron abortadas porque los estadounidenses, después de que Serbia estuvo de acuerdo con la mayoría de sus rígidas posiciones, exigieron la inclusión de un requisito oneroso que estipulaba que las fuerzas de la OTAN tendrían derecho a entrar y controlar la República de Yugoslavia entera, un ultimátum que para muchos garantizaba el fracaso ya que era una condición que ningún país soberano –desde luego no Estados Unidos– podía aceptar.

Además Riedlmayer simplemente repite la cifra de ocho cientos mil kosovares (una cifra que nunca ha sido confirmada y que muchos consideran groseramente exagerada) forzados a abandonar Kosovo, pero no menciona que esto ocurrió *después* de que el bombardeo de Serbia y Kosovo por parte de la OTAN provocara una contraofensiva del ejército serbio (Parenti 2000: 125). No dice nada sobre las decenas de miles de albaneses que huyeron de Kosovo a causa de las bombas de la OTAN, o tratando de escapar del enfrentamiento armado entre Yugoslavia y el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK). Entre 70.000 y 100.000 serbios residentes en Kosovo también huyeron y miles de romaníes (14.000 de cuyas casas fueron quemadas cuando se marcharon) y otros grupos de no albaneses fueron obligados a marcharse o fueron expulsados por el ELK (Parenti 2000: 131), pero estos refugiados están completamente ausentes de su relato. Tampoco menciona que la OTAN atacó a estos convoyes de refugiados y que de hecho asesinó a albaneses que huían del conflicto en Kosovo (Mandel 2004: 139). Afirma que “otra vez los referentes culturales de la población no serbia fueron destruidos de forma generalizada” (Riedlmayer 2007: 124) pero –otra vez– cuidadosamente ignora la destrucción infligida por la OTAN a los hitos culturales serbios tanto en Kosovo como en la propia Serbia. Los milicianos albaneses, por ejemplo, trabajaron *sistemáticamente* para erradicar la cultura histórica y religiosa serbia de Kosovo y destruyeron alrededor de ochenta iglesias, monasterios y

catedrales, algunas de las cuales databan de la Edad Media y/o aparecían en la lista de lugares declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO (Parenti 2000: 163).

Si hubiera estado realmente interesado en detallar dicho daño, lo que evidentemente no estaba, Riedlmayer podría haber consultado los dos volúmenes repletos de fotografías a color que documentan meticulosamente los crímenes de guerra cometidos por la OTAN en Serbia, y que fueron publicados por el gobierno de Serbia bajo el título de *Crímenes de la OTAN en Yugoslavia: pruebas documentales*, más conocidos como el *Libro blanco sobre la agresión de la OTAN contra Yugoslavia*. En dos capítulos pormenorizados, el informe enumera el bombardeo por parte de la OTAN de monumentos culturales que causó daños severos en el arte religioso bizantino, mosaicos y frescos, y la destrucción de la ciudad de Pec del siglo XII, la mezquita Hadum del siglo XVI en Djakobica, la basílica bizantina en Nis y la iglesia del siglo IX de Prokuplje, la muralla del siglo XV en Belgrado y el Bonovina en Novi Sad (*NATO Crimes in Yugoslavia* 1999: 215-231 v. 1; 295-317 v.2). Aunque Riedlmayer en seguida condena el bombardeo deliberado de la Biblioteca Nacional de Bosnia y Herzegovina en 1992, mantiene absoluto silencio sobre el bombardeo deliberado por parte de la OTAN de la Estación de Radio y Televisión serbia el 23 de abril de 1999 que mató a dieciséis trabajadores y, si bien reserva toda la rabia para el “libricidio” de la Biblioteca Nacional Bosnia, ignora la destrucción albanokosovar de dos millones de libros escritos en serbio, así como de material de archivo (Parenti 2000: 158). Las fuerzas de la OTAN en Kosovo no hicieron nada para proteger los libros que albergaban las bibliotecas y otras instituciones culturales serbias.

Riedlmayer es tan desconocedor de las maquinaciones políticas de su propio gobierno que en uno de sus artículos cita a la doctora Biljana Plavsic, una profesora de biología serbobosnia y ex decana de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Sarajevo (y también una monárquica de derechas), como defensora de la limpieza étnica de los bosnios musulmanes debido a su “deformidad genética”, motivo por el cual abrazarían el Islam (Riedlmayer 2005: 41). Aunque, efectivamente, tales puntos de vista son alarmantes y ciertamente racistas, lo que Riedlmayer no detalla es la historia de la llegada al poder de Plavsic en la República Srpska (RS). Cuando el primer presidente de la RS, Radovan Karadzic, que supervisó el bombardeo de la Biblioteca Nacional de Bosnia, propuso que a la mayoría serbia de la RS se le permitiera quedarse dentro de Yugoslavia, dio un paso más (pese a que él no era comunista) al designar a oficiales comunistas o de la izquierda que compartieran sus puntos de vista. A cambio, las fuerzas occidentales hicieron lo posible para destituirlo y en su momento fue reemplazado por la entonces vicepresidenta Biljana Plavsic (la misma persona cuyo discurso racista cita Riedlmayer para justificar las acciones occidentales contra los serbobosnios), que alcanzó así la presidencia de la RS (Parenti 2000: 58-59). Poco después, Plavsic trabajó estrechamente con las autoridades occidentales para hacer una purga en el ejército de la RS de oficiales de izquierda que no sentían ninguna simpatía por las reformas económicas del libre mercado occidentales. Esta acción fue seguida rápidamente por un proceso de purga dentro del gobierno civil. Resulta evidente que los racistas que difunden el odio son perfectamente aceptables para los intereses occidentales siempre que impulsen la agenda occidental de liberalización económica.

Basándose solo en los escritos de Riedlmayer, uno podría pensar que las otras partes del conflicto no propagaban un discurso racista similar contra los serbios, cuando en realidad tales declaraciones están por todas partes. El líder croata Franjo Tudjman y el líder bosnio musulmán Alija Izetbegovic también perpetraron actos de limpieza étnica apoyándose en el discurso del odio (en el caso bosnio musulmán, los soldados muyahidines decapitaban a las víctimas civiles (Herman 2004: 49)), y sin embargo ninguno de ellos fue arrastrado sin contemplaciones ante el TPIY. Por el contrario, los líderes bosnios musulmanes moderados, como Fikret Abdic, que instó a la negociación y al acuerdo pero que no era del agrado de las autoridades occidentales, sí lo fueron (Johnstone 2002: 160). El líder croata Franjo Tudjman, por ejemplo, afirmaba en su libro *Bespuca Povijesne Zbiljnosti* [Vacíos de verdad histórica], publicado en 1989, que “el genocidio es un fenómeno natural en armonía con la naturaleza divina y sociológica. El genocidio no solo está permitido, se recomienda... cuando sea de utilidad para la supervivencia o la restauración del reino de la nación elegida” (Parenti 2000: 42). Llevando esta idea hasta su conclusión lógica, entre 1991 y 1995, Tudjman lanzó su propio programa de limpieza étnica contra los serbios que residían en Croacia (Blum 2005: 211). En lugar de ganarse la censura occidental, los países occidentales apoyaron la campaña croata. En agosto de 1995, durante la denominada “Operación Tormenta”, la OTAN ayudó a los croatas a expulsar a más de 200.000 serbios de la región de Krajina (Mandel 2004: 237). Además, Tudjman dirigió su propia campaña de “libricidio” –de la que, como de costumbre, Riedlmayer no da cuenta–, durante la cual se eliminaron de las bibliotecas croatas los libros que el régimen juzgó indignos (como por ejemplo copias de la enciclopedia yugoslava, que fueron quemadas), mientras que los libros de texto de educación superior fueron reescritos para eliminar de ellos cualquier crítica al régimen croata que se alió con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial (Parenti 2000: 44).

En el contrainterrogatorio por parte de Slobodan Milosevic el 8 de julio de 2003 (durante el cual Riedlmayer revela que había escrito al presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, en el verano de 1995 pidiéndole que levantara el embargo que pesaba sobre la entrega de armas a los bosnios musulmanes), Riedlmayer es cuestionado una y otra vez por su clara parcialidad en favor de los bosnios musulmanes y por no haber investigado a fondo la destrucción del patrimonio cultural serbio perpetrada por bosnios musulmanes y croatas. Aunque en sus escritos Riedlmayer no alude a dicha destrucción, al ser preguntado declara que “el hecho de haberme involucrado en política no afecta, a mi parecer, mi objetividad profesional al comparecer aquí” (transcripción del juicio de Milosevic, 8 de julio de 2003: 94). Al mismo tiempo, sin embargo, admite también que fue contratado por la Fiscalía para investigar únicamente la destrucción del patrimonio religioso y cultural de las comunidades no serbias. Además, esta investigación cubrió solo 19 de los 33 municipios bosnios, cuya población mayoritaria antes de la guerra estaba compuesta por bosnios musulmanes o croatas católicos romanos. A todos los efectos, la destrucción del patrimonio religioso y cultural de los municipios con mayoría serbia fue, sencillamente, pasada por alto. A pesar de que Riedlmayer admite no haber investigado la destrucción del patrimonio cultural serbio en Bosnia y Herzegovina, su informe se tituló “Destruction of Cultural Heritage in Bosnia and Herzegovina”

[“Destrucción del patrimonio cultural en Bosnia y Herzegovina”] como si, de hecho, incluyera descripciones de la destrucción del patrimonio cultural serbio.

Milosevic, acertadamente, pregunta a Riedlmayer si en el periodo 1992-1995 algunos lugares musulmanes habían sido destruidos en Serbia, una pregunta que merece ser analizada, pues si realmente hubiera habido una campaña para llevar a cabo el genocidio cultural contra los musulmanes, ¿por qué ésta se habría detenido en la frontera entre Bosnia y la propia Serbia? En lugar de seguir lo que parece el hilo lógico del razonamiento, el juez que presidía el Tribunal, Richard May, impidió a Milosevic continuar esa línea de interrogatorio. Además, a pesar de que nunca da cuenta de la destrucción del patrimonio cultural serbio, Riedlmayer declara que “no tengo ninguna animosidad en contra de explicar y condenar tal destrucción” (transcripción del juicio de Milosevic, 8 de julio de 2003: 59). Milosevic le recuerda a Riedlmayer que un informe titulado “Destruction of Orthodox Religious Structures” [“Destrucción de las estructuras religiosas ortodoxas”] enumera 68 ejemplos de la destrucción de instituciones religiosas serbias entre 1992 y 1993, y que se trata de un listado incompleto dado que la guerra duró hasta 1995. Sorprendentemente, a la pregunta de Milosevic sobre por qué de entre las referencias utilizadas por Riedlmayer en su informe sobre la destrucción cultural de Bosnia, habían sido excluidas explícitamente las de los serbobosnios, el juez Richard May responde que obviamente los ejemplos de la destrucción del patrimonio cultural serbio han sido excluidos “porque no pueden constituir un elemento pertinente para las acusaciones de las que [nos estamos] ocupando en este juicio” (transcripción del juicio de Milosevic, 8 de julio de 2003: 65). En otras palabras, también podía haber dicho, tales ejemplos no cuentan dado que el TPIY se estableció para procesar y condenar a quienes se atrevieron a contravenir los propósitos estadounidenses y occidentales; por lo tanto, ninguna prueba que implicara a las potencias occidentales en la destrucción cultural podía ser admitida. De hecho, el relato de Riedlmayer evita cuidadosamente aludir al papel fundamental que los Estados Unidos desempeñaron al crear, financiar, dotar de personal, someter a investigación a jueces y fiscales, proporcionar fuerzas policiales y proveer información al TPIY (Herman 2004: 39-40).

Milosevic le recuerda a Riedlmayer que la guerra de Bosnia fue en realidad una guerra con tres bandos (repetiendo las observaciones de los dos bibliotecarios bosnios en referencia a la guerra civil bosnia) en la que los croatas católicos también lucharon contra los bosnios musulmanes. ¿Había reseñado Riedlmayer, por ejemplo, las iglesias católicas destruidas por las fuerzas musulmanas bosnias? Llamativamente, Riedlmayer responde que “ninguno de los 19 municipios que yo estudié estaban dentro de la región donde tuvo lugar el enfrentamiento armado” (transcripción del juicio de Milosevic, 8 de julio de 2003: 67). El objetivo de Milosevic aquí era probar que la destrucción del patrimonio cultural fue recíproca y que había ocurrido en las tres partes. De hecho, cuestionando a Riedlmayer, señala que las iglesias ortodoxas de Mostar fueron destruidas antes que las mezquitas y que las iglesias católicas.

A pesar de la gran cantidad de pruebas que evidencian la destrucción de hitos culturales serbios perpetrada por la OTAN, otros dos bibliotecarios estadounidenses, Stephen P. Edwards y Julie Biando Edwards, consideraron positivamente el “meticuloso trabajo de investigación” de Riedlmayer en el TPIY, señalando con

entusiasmo que por fin la destrucción de “bibliotecas, archivos y otros bienes culturales eran crímenes contra la humanidad procesables, que pueden ser considerados como ‘genocidio cultural’” (Edwards 2008: 79). Por supuesto, el hecho de que el TPIY fuera establecido y financiado principalmente por los países miembros de la OTAN, que la agresión de la OTAN contra Serbia nunca se tratara en él, o que Estados Unidos se haya negado a ratificar el Estatuto del Tribunal Internacional Penal de la Haya, no merecen siquiera ser comentados. Tampoco se hace mención a las críticas al juicio del propio Slobodan Milosevic, un juicio que el respetado abogado canadiense Edward Greenspan –que no se encuentra entre los admiradores de Milosevic, a quien calificó de “matón”– vio como un “linchamiento” y un “tribunal canguro” (Greenspan 2002), que ignoró los principios básicos de la jurisprudencia occidental tales como el derecho a un juicio con jurado, el derecho a ser juzgado por un juez independiente, y el derecho a ser considerado inocente hasta que no se demuestre lo contrario. Como se observa en el testimonio de Riedlmayer, el juez Richard May sistemáticamente estableció límites de tiempo arbitrarios que interfirieron con las preguntas de Milosevic y claramente parecía despreciarlo. Pero una vez más los Edwards permanecen notablemente indiferentes ante las circunstancias en que se produjo el arresto, afirmando que Serbia “entregó” a Milosevic.

Lo cierto es que el arresto y la extradición de Milosevic se asemejan más a una abducción. Después de las amenazas de chantaje económico por parte de las potencias europeas, el pro-occidental primer ministro serbio, Zoran Djindjic, detuvo a Milosevic no por crímenes de guerra sino bajo acusaciones de corrupción, alegaciones que, incluso de ser ciertas, no habrían merecido la extradición para ser juzgado por un tribunal internacional. Aún así, la Constitución yugoslava prohíbe la extradición de nacionales. Sin embargo, cuando el Tribunal Constitucional serbio declaró inconstitucional la extradición de Milosevic, Djindjic siguió adelante y lo extraditó de todas formas (Mandel 2004: 148-150).

El doble rasero occidental

A pesar de que los apologistas del gobierno estadounidense se entusiasman con la futura aplicación del derecho internacional al genocidio cultural, queda claro que dicha ley está reservada para los actores no occidentales. En el actual Oriente Medio, por ejemplo, el lugar donde se concentra mucha de la atención de los países occidentales debido a las enormes reservas de petróleo que alimentan sus economías, y al que el Departamento de Estado de Estados Unidos ha calificado como “una estupenda fuente de poder estratégico y una de las mayores riquezas materiales de la historia” (Chomsky 2003), la denuncia de genocidio cultural es ignorada alegremente cuando éste es perpetrado por dichos países o sus aliados, en contraste con la ignominia de que fue objeto el antiguo gobierno de Yugoslavia.

Uno de los ejemplos más obvios, y que es citado por muchos críticos de la intervención de la OTAN en los Balcanes, es el trato que reciben los kurdos en Turquía, uno de sus estados miembros. Durante más de ochenta años, los kurdos que habitan en la parte

sur oriental de este país han sido sometidos a una política de asimilación forzada a la cultura turca mayoritaria. Los derechos lingüísticos de los kurdos, a los que llaman “turcos de las montañas”, han sido tan brutalmente reprimidos que hasta 1992 la mera posesión de un libro o un casete de música en lengua kurda era ilegal y suponía penas de prisión, tortura e incluso la muerte. En contraste con los albanokosovares, que tenían su propia universidad en la que era posible estudiar en su propia lengua y cuyos derechos lingüísticos eran respetados, en Turquía, el adjetivo y el sustantivo “kurdo” fueron borrados de los mapas y los libros, y se golpeaba a los niños kurdos que hablaban kurdo en la escuela. El gobierno turco no ha tenido necesidad de bombardear o arrasar ninguna Biblioteca Nacional Kurda por la sencilla razón de que con la prohibición de la lengua kurda las bibliotecas turcas no han incluido en su colección libros kurdos, y las que contaban con ellos vieron cómo se los retiraban (Malmisanij 2006: 39).

Iniciada en 1980 y continuada hasta 1998, coincidiendo en parte con el mismo periodo en el que los países occidentales despellejaban a Slobodan Milosevic por su brutalidad, el gobierno turco emprendió una feroz campaña de represión contra su población kurda, conocida por los propios kurdos como “guerra sucia”, en la que más de 3.000 pueblos fueron incendiados y parcial o completamente evacuados (Human Rights Watch 2005: 3), provocando el desplazamiento de dos millones de habitantes que fueron forzados a trasladarse a los barrios de chabolas de las ciudades (Kuras 2007). Entre tanto, incontables tesoros arqueológicos y culturales, incluyendo sitios de talla mundial, ciudades históricas vivientes e importantes monumentos, quedaron bajo las aguas a causa de proyectos hidroeléctricos coloniales como el multimillonario proyecto GAP, que por sí solo expulsó a unos 350.000 kurdos de sus tierras a partir de 2004 (Chahim 2006: 4). Aunque se estima que unos 37.000 kurdos fueron asesinados (Kuras 2007), y decenas de miles más, heridos, ninguna potencia occidental, a diferencia de lo que ocurrió en Kosovo, acudió en su ayuda. De hecho, sucedió lo contrario. Los turcos no solo disponían de moderno armamento estadounidense, sino que recibieron armas y sistemas de seguridad de alta tecnología de manos de oficiales del ejército y de la inteligencia israelí. Es más, Alemania y otros países miembros de la OTAN suministraron tanques, armas de fuego y munición que fueron utilizados para bombardear las regiones kurdas. Sin embargo, a pesar del evidente doble rasero, Turquía fue uno de los países que colaboró en el bombardeo de Yugoslavia (Fernandes 1999).

Esa preocupación por el “genocidio cultural” quizás haya sido aún mayor en Palestina, el lugar en el que en 1948, como señaló el activista y escritor palestino Edward Said, comenzó la limpieza étnica y en el que ha continuado, con el apoyo liberal occidental, hasta hoy (Said 2000: 44).

Aunque una completa descripción de la destrucción israelí de Palestina excedería el alcance de este artículo, sobre todo si incluyera la destrucción en los territorios ocupados desde 1967 y las numerosas invasiones israelíes del Líbano, una revisión de la misma desde la segunda intifada palestina en el 2000 puede resultar muy útil dado que esos hechos tuvieron lugar después de la guerra de Yugoslavia, cuando presuntamente el concepto de “genocidio cultural” se había convertido en un motivo de enjuiciamiento por crímenes de guerra.

El mayor daño sufrido por las bibliotecas y los archivos palestinos ocurrió durante la incursión israelí en Cisjordania en la primavera de 2002. El ejército israelí causó destrozos en las bibliotecas, archivos, registros y ficheros palestinos además de en los ordenadores y el sistema informático del gobierno. El daño también incluyó actos de vandalismo en sitios e instituciones como estaciones de radio y televisión y centros culturales. Entre las bibliotecas y los archivos dañados y/o destruidos se encontraban la Organización de Derecho Humanos Al-Haq, la Biblioteca de Medicina de la Universidad de Al-Quds, la biblioteca universitaria de la Universidad de Belén, el Centro Cultural Francés, la biblioteca del Centro de Desarrollo Maan y varias bibliotecas, archivos y ficheros de los departamentos ministeriales palestinos situados en Ramala (Twiss 2002). El informe elaborado por la *Palestinian NGO Emergency Initiative* de Jerusalén sacó a la luz un patrón sistemático de invasión y destrucción, y señaló que en la mayoría de los casos los ministerios fueron ocupados mucho después de que hubiesen cesado los combates y que la destrucción fue puramente deliberada. Entretanto, desde abril de 2002 a marzo de 2003, el ataque israelí sobre la antigua ciudad de Nablus provocó enormes daños y dejó muchos edificios completamente arrasados (Dabeek 2003: 1). Es innegable que si la misma destrucción hubiese sido obra del gobierno serbio durante las guerras de los Balcanes, habría sido utilizada como prueba del genocidio perpetrado por los serbios, sin embargo, ni un solo israelí ha sido responsabilizado por estas acciones.

La última invasión israelí de Gaza, que duró 22 días entre diciembre de 2008 y enero de 2009, causó daños en el Museo Arqueológico de Gaza y en sitios arqueológicos, por no hablar de las escuelas, las mezquitas, la Cruz Roja, las instalaciones de socorro de las Naciones Unidas, los hospitales y los ciudadanos que portaban banderas blancas, pero los líderes israelíes sabían que podían cometer tales acciones impunemente. Mientras que Slobodan Milosevic fue extraditado forzosamente de Belgrado para ser juzgado en La Haya, la respuesta al asedio de Gaza distó mucho de la preocupación que mostraron los países occidentales durante el sitio de Sarajevo entre 1992 y 1993. De hecho, después de la masacre israelí en Gaza, el ministro de Exteriores español, Miguel Ángel Moratinos, informó a su homóloga israelí, Tzipi Livni, de que España iba a cambiar su legislación en relación con la justicia universal, a raíz de las quejas de Israel por el procedimiento abierto por un juez español contra dirigentes políticos y militares israelíes por crímenes contra la humanidad (Ravid 2009), mientras de modo surrealista, el Congreso de Estados Unidos aprobaba, con 390 votos a favor y 5 en contra, condenar al gobierno democráticamente elegido de Hamás por el lanzamiento de misiles inefectivos contra el aplastante poder destructivo israelí (Horowitz 2009). Si bien los líderes de los países occidentales pregonaban el derecho a la "autodefensa" de Israel, a Serbia no le concedieron el derecho para defenderse a sí misma de los ataques terroristas del ELK.

El apoyo estadounidense a los talibanes en Afganistán es otro ejemplo del respaldo occidental brindado a la destrucción cultural, que no fue denunciada hasta que el ex aliado dejó de ser útil. Este apoyo a los fundamentalistas en Afganistán se remonta a la Guerra Fría que precedió a la ocupación soviética de dicho país en 1979. La invasión de 2001 significó la segunda invasión ilegal de un país por parte de Estados Unidos y los países occidentales, después de Kosovo en 1999. Desde la invasión, se ha puesto de

moda entre los antiguos instigadores fingir indignación hacia la crueldad de los talibanes. Sin embargo, la relación de los talibanes con Estados Unidos y los países occidentales viene de lejos. Por ejemplo, en los años setenta, bajo la presidencia de Jimmy Carter y su consejero de Seguridad Nacional Zbigniew Brzezinski, Estados Unidos veía a los fundamentalistas islámicos de Irán y Afganistán como un bastión frente al expansionismo soviético, y les hizo llegar dinero y armas a través de Pakistán y Arabia Saudita. Además, existieron otras consideraciones económicas y geopolíticas relacionadas con el apoyo de los países occidentales a los muyahidines afganos que precedieron a los talibanes: la ocupación militar del Golfo Pérsico y sus campos de petróleo (Dreyfuss 2005: 246). En los años ochenta, los muyahidines afganos empezaron a adquirir armas procedentes de Estados Unidos, China e Israel entre otros países, para luchar contra el ejército de la Unión Soviética, y este apoyo continuó en los noventa con la aparición de los talibanes. Básicamente, Estados Unidos junto con Arabia Saudita, que financiaron el movimiento, y Pakistán, que le proveyó inteligencia militar, apoyaron a los talibanes porque los veían como anti-iraníes y anti-chiitas, pero pro-occidentales (Dreyfuss 2005: 326).

A pesar de que el apoyo formal a los talibanes por parte de Estados Unidos terminó en 1998, tras el bombardeo de dos embajadas estadounidenses en África, estaría confirmado hasta el 2000, ya que las compañías multinacionales de energía estadounidenses como Enron y Unocal vieron en los talibanes una fuerza capaz de conseguir la estabilidad necesaria para construir un oleoducto desde Turkmenistán hasta Pakistán, a través de Afganistán. Para poder llevar adelante este proyecto, desde el 2000 hasta finales del verano de 2001, los oficiales militares estadounidenses mantuvieron reuniones con los talibanes para tratar de persuadirles de que se aliaran con sus rivales locales, la Alianza Norte, a cambio de ayuda económica y reconocimiento internacional (Ahmed 2009), y los amenazaron con una acción militar si el plan de federalización fracasaba. Así, a lo largo de todo el mandato talibán, cuando sus oficiales estaban ocupados destruyendo y saqueando los valiosos objetos culturales de las bibliotecas y museos del país, los estadounidenses les estuvieron brindando su apoyo tácito.

Los estragos culturales provocados por los talibanes incluyeron la destrucción de libros y manuscritos raros, sobre todo en lengua persa, y el destrozo de piezas del Museo Nacional, especialmente estatuas con forma humana como los Budas y bodhisattvas greco-budistas. También fueron objeto de destrucción fotografías, películas y pinturas de personas y animales (Bopearachchi 2002: 13-14, 148). La campaña culminó con la demolición de las dos antiguas estatuas de incomparable belleza de los Budas de Bamiyán, esculpidas en una pared rocosa por monjes budistas entre los siglos II y V d.C. Al parecer, la pérdida de valiosos objetos culturales importaba menos que construir un oleoducto. Como comentaba un diplomático estadounidense en 1997: “Los talibanes se desarrollarán como los sauditas... habrá un Aramco [consorcio de compañías petroleras que controla el petróleo saudita], oleoductos, un emir, ningún parlamento y mucha ley islámica. Podemos vivir con ello” (Ahmad 2009). En Afganistán, los países occidentales veían cómo su apoyo a los fundamentalistas islámicos iba a volverse contra ellos. Los muyahidines afganos que lucharon contra los soviéticos llegaron hasta Bosnia, que también atrajo a varios miles de “guerreros

santos” procedentes de todo el mundo islámico. Allí, a los aliados del líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, que más adelante se aliaría con los talibanes, les fueron entregadas cajas con pasaportes en blanco (Johnstone 2002: 62). Solo después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, la atención estadounidense se volverá hacia la conexión con Al Qaeda en Bosnia.

Pasar por alto la participación de Estados Unidos en el saqueo y expolio del Museo Nacional de Irak en 2003 supuso un reto aún mayor para sus apologistas dado que fueron los estadounidenses, y solo los estadounidenses (y los británicos), los responsables. En su tercera invasión ilegal después de la de Kosovo en 1999, que empezó igualmente sin la autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el gobierno estadounidense mintió sobre las inexistentes armas de destrucción masiva, insinuó conexiones con Al Qaeda, y manifestó su deseo de llevar la democracia a un país que se encontraba bajo el yugo de una tiranía extrema personificada en el dictador iraquí Sadam Husein (a quien anteriormente había apoyado). Poco después de la invasión, en abril de 2003, el Museo Nacional de Irak, considerado uno de los mejores de Oriente Medio, fue saqueado. En una actuación que pone de manifiesto los verdaderos propósitos de la invasión, los estadounidenses se aseguraron de proteger el Ministerio de Petróleo iraquí pero fueron incapaces de salvaguardar importantes instituciones culturales convertidas en objeto de saqueo y pillaje. Aunque la destrucción de nueve museos iraquíes después de la Guerra del Golfo en 1991 había sentado un precedente, proteger instituciones culturales no estaba entre las prioridades del ejército estadounidense. Cabe señalar que incluso Sadam Husein colocó guardias delante del Museo Nacional de Kuwait para evitar el saqueo, el primer día de la ocupación iraquí de ese país en 1990 (Rothfield 2009: 2).

El 3 de abril de 2003, poco después de comenzar la invasión estadounidense, el Museo Nacional de Irak en Bagdad fue objeto de tres olas sucesivas de saqueo, las dos últimas de las cuales estuvieron dirigidas por profesionales que robaron cerca de 15.000 objetos, entre los que se encontraba la Máscara de Warka, una pieza sumeria con una antigüedad de 5.100 años, considerada una de las representaciones de un rostro humano más antiguas que se conservan (la cual fue hallada cinco meses más tarde, enterrada en una granja iraquí) (Glenn 2009: B17). Tras la caída de Bagdad el 9 de abril, las turbas atacaron las instituciones públicas del país durante cinco días. A diferencia de las expresiones de indignación con respecto a la destrucción del patrimonio cultural bosnio y croata, a los oficiales estadounidenses a cargo de la invasión no les preocupó en absoluto su propia negligencia en la protección del patrimonio cultural nacional iraquí. El día después del saqueo, por ejemplo, el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld comentó que “son cosas que pasan”, y en una conferencia previa a la guerra, al ser preguntado sobre la protección de los sitios culturales durante la invasión, el general del Comando Central del Ejército estadounidense, Tommy Banks, respondió: “¡no tengo tiempo para esta puta mierda!” (Werner 2009: IN6). Al parecer, el pueblo iraquí iba a estar tan deseoso de recibir a sus libertadores estadounidenses que ellos mismos se ocuparían de su seguridad interna.

Conclusión

Las normas de intervención para los países occidentales están claras. Como herederos autoproclamados de la democracia y la civilización, son libres de establecer reglas para los demás. Si los restantes países del mundo se adhieren a sus principios, serán recompensados; si no, castigados. Si, por ejemplo, los serbobosnios destruyen el patrimonio cultural, sus líderes deben ser arrastrados ante un tribunal internacional e imputados por genocidio, mientras que a los poquísimos bosnios musulmanes y croatobosnios conducidos ante él solo se los imputa por crímenes de guerra (Herman 2004: 49). Para promocionar la guerra, profesores de instituciones académicas de elite como la Universidad de Harvard, tales como Daniel J. Goldhagen y el autocalificado “experto en derechos humanos”, Michael Ignatieff (animador de las tres guerras ilegales contra Serbia, Afganistán e Irak), se pronunciarán a favor de la misma. El insolente líder del bando perdedor, Slobodan Milosevic (que jugó un papel destacado para poner fin a la primera guerra de Bosnia y fue elogiado por ello) será secuestrado ilegalmente de su casa y juzgado ante un tribunal internacional concebido para tal fin, mientras que los criminales de guerra de los otros bandos, como el líder croata Franjo Tudjman y el líder musulmán bosnio Alija Izetbegovic, quedarán sin condena. En el proceso de condenar a Milosevic, otro “experto” de Harvard se presentará ante el tribunal, ofrecerá pruebas seleccionadas relativas a la destrucción provocada por uno, y solo uno, de los bandos del conflicto, y será elogiado por su coraje al hacer frente a los crímenes de guerra pese a que su propio país se niega a ratificar el Estatuto de Roma del Tribunal Penal Internacional. A su vez, otros comentaristas estadounidenses continuarán, en palabras de los críticos Noam Chomsky y Edward Herman, “fabricando consenso”, remodelarán sus conclusiones, y rehusarán hacer las preguntas difíciles relativas a la colaboración de su propio país en la guerra.

Un aliado como Turquía puede bombardear e incendiar pueblos kurdos, ahogarles bajo proyectos hidroeléctricos, prohibir y limitar [el uso de] la lengua kurda, y no traerá consecuencias. Sin embargo, en un país como Serbia, que se ha ganado el odio de los países occidentales, se seguirá muy de cerca cada vulneración, real o inventada, de los derechos de su minoría albanesa, si bien a esta minoría sí se le permite publicar, retransmitir y ser educada en su propia lengua.

Entretanto, cuando amigos como los talibanes arrasen bibliotecas y museos y destrocen valiosos manuscritos, piezas museísticas y libros raros, no habrá repercusiones hasta que dejen de ser útiles para o se nieguen a cooperar con los planes económicos de los países occidentales. A partir de ese momento serán vilipendiados por sus terribles violaciones de los derechos humanos, sus prácticas bárbaras y su fundamentalismo religioso, y se convertirán en el objetivo de otra “intervención humanitaria” occidental.

Asimismo, cuando un aliado como Israel, que es una fuerza ocupante en Cisjordania y la Franja de Gaza —y, por lo tanto, bajo el derecho internacional no tiene derechos sino solo responsabilidades hacia los territorios que ocupa— ataca y destruye los monumentos, objetos e instituciones culturales de la población ocupada, la destrucción es pasada por alto y aceptada como el derecho de una nación soberana a

“defenderse a sí misma” (Al Jazeera 2009). Cuando el mismo país, en 2008-2009, invade y ataca a la población indefensa de la Franja de Gaza, bombardea y arrasa una universidad, mata a civiles agitando banderas blancas, usa armas terroríficas como el fósforo blanco, y los centros educativos de Naciones Unidas se convierten en blanco de sus bombardeos, los países occidentales corren a amparar el derecho de este país a defenderse. Cuando un jurista como Richard Goldstone se desempeña como juez del TPIY que juzga a Slobodan Milosevic, su servicio es reconocido como distinguido e imparcial, pero cuando lleva a cabo una investigación para las Naciones Unidas en relación a los sucesos de Gaza en 2008-2009, y su informe insinúa la implicación de Israel en posibles crímenes de guerra que podrían ser juzgados en el Tribunal Penal Internacional, sus hallazgos son desdeñados por sesgados y no beneficiosos (para un no existente proceso de paz en la región, en cualquier caso), sobre todo porque sus conclusiones podrían conllevar que se pudiera pedir cuentas a los criminales de guerra occidentales por sus delitos (Chomsky 2009). Igualmente, cuando Israel declara su “derecho a existir” como nación, los países occidentales lo consideran un derecho sacrosanto, pero no se lo reconocen a países como la antigua Yugoslavia. Cuando los ciudadanos kosovares de la antigua Yugoslavia declaran su derecho a separarse de aquel país, ese derecho es garantizado por las potencias occidentales, que no desean un acuerdo negociado entre serbios y kosovares; sin embargo, cuando los palestinos amenazaron con solicitar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el reconocimiento de Palestina como Estado independiente en respuesta a la terquedad israelí, el Departamento de Estado de los Estados Unidos publicó una declaración oponiéndose a la propuesta palestina que decía: “Tenemos la firme convicción de que la mejor manera de lograr el objetivo común de establecer un Estado de Palestina contiguo y viable es mediante las negociaciones entre las partes” (Mozgovaya 2009).

Finalmente, aunque Estados Unidos y Reino Unido invadan Irak ilegalmente utilizando pruebas basadas en burdas invenciones, provocando la muerte de alrededor de un millón de iraquíes (Stanton 2010) y la huida de otros cuatro millones de refugiados (estadísticas que podrían avalar la perpetración de genocidio), ninguno de sus líderes será denunciado ante la justicia como responsable de esos crímenes. Entretanto, la inoperancia de las potencias ocupantes para salvaguardar y proteger las instituciones culturales de ese país, mientras se garantiza la protección del Ministerio del Petróleo, destapa el verdadero motivo de la invasión.

La charada occidental continúa con la OTAN siendo requerida de nuevo para bombardear civiles en otro país considerado enemigo de los países occidentales –Libia, bajo el gobierno de Muamar el Gadafi en 2011–, al mismo tiempo que otro aliado de Occidente, Bahrein, con un registro de violaciones de derechos humanos contra sus ciudadanos igual de terrible, era invadido por sus autoritarios vecinos del Golfo, como Arabia Saudita, para evitar que la voluntad de los bahreiníes siguiera su curso. Mientras los países occidentales demonizaban a la Libia de Gadafi, los gobernantes de Bahrein, parte de la minoría musulmana sunita, destruyeron numerosas mezquitas chiítas, incluida la de Amir Mohammed Braighi, de 400 años de antigüedad, argumentando que eran “construcciones ilegales”, y en este caso los gobiernos de Estados Unidos y Europa occidental guardaron silencio (Gutman 2011). El derrocamiento de Gadafi supuso a su vez una mayor destrucción cultural en otros

lugares. La intervención en Libia, por ejemplo, que fortaleció a los fundamentalistas islámicos apoyados por los antidemocráticos países del Golfo, como Arabia Saudita y Qatar, se extendió hasta la vecina Mali, donde el 2 de julio de 2012 militantes de un grupo relacionado con Al Qaeda armados con hachas dañaron la puerta de la mezquita de Sidi Yahya en Tombuctú, ciudad declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, después de haber destruido mausoleos y tumbas de santos locales sufíes (Mark 2012).

Persistiendo en su silencio sobre la destrucción cultural en Bahrein, los países occidentales tampoco mencionaron la posición estratégica que ocupa este país, sede de la Quinta Flota de la Armada de Estados Unidos, la cual protege los intereses estadounidenses en una región rica en recursos, ni aludieron a los campos de petróleo en Libia; la avaricia occidental por los recursos naturales no es un asunto que merezca ser comentado cuando estos países emprenden sus guerras de intervención humanitaria.

Bibliografía

- Ahmed, Nafeez Mosaddeq (2009). "Our terrorists". *New Internationalist*, 426. <http://www.newint.org/features/2009/10/01/blowback-extended-version/>
- Al Jazeera English (2009). "US Rejects Goldstone Report". 04.nov. <http://www.aljazeera.com/NEWS/AMERICAS/2009/11/200911320434191455.html>
- BBC News (2009). "S Ossetia War Crimes Condemned". 23.ene. <http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/7847285.stm>
- Blum, William (2005). *Rogue State: a Guide to the World's Only Superpower*. Monroe, ME: Common Courage Press.
- Bopearachchi, Osmund (2002). "The Destruction of Afghanistan's Cultural Heritage". *IAS Newsletter*, 27, pp. 13-14, 148.
- Chahim, Dean (2006). *Damning Peace and Developing Dissent: the Southeast Anatolia Project and the Kurdish Resistance in Turkey*. 06.dic. http://deanchahimbgi.files.wordpress.com/2010/12/sis-490-final-paper-displacing-dissent_5.pdf
- Chomsky, Noam (2003). "Dominance and its Dilemmas: the Bush Administration's Imperial Grand Strategy". *Boston Review*, oct/nov. <http://bostonreview.net/BR28.5/chomsky.html>
- Chomsky, Noam (2009). "Exterminate All the Brutes: Gaza 2009". 19.ene, revisado 06.jun. <http://www.chomsky.info/articles/20090119.htm>
- Dabeek, J.N. [et al.] (2003). *Post-Disaster Damage Assessment for the City of Nablus*. <http://www.najah.edu/file/centers/ESSEC/POST%20DISASTER%20DAMAGE%20ASSESSMENT.pdf>
- Dreyfuss, Robert (2005). *Devil's Game: How the United States Helped Unleash Fundamentalist Islam*. Nueva York: Metropolitan Books.

- Edwards, Stephen P.; Edwards, Julie Biando (2008). "Libraries, Cultural Life, and Community Identity". *International Conference on Libraries from a Human Rights Perspective, 31 March-2 April 2008, Ramallah, Palestine*. Ramallah Center for Human Rights Studies, pp. 72-83.
- Fernandes, Desmond (1999). "The Kurdish Genocide in Turkey, 1924-1998". *Armenian Forum*, 1 (4), pp. 57-107.
- Glenn, David (2009). "A Fragile History, Besieged: a Post-Mortem Examination of the Cultural Disaster in Iraq". *The Chronicle Review*, 52 (32), 17.abr., p. B17
- Greenspan, Edward (2002). "This is a Lynching". *National Post*, 13.mar. <http://www.balkanpeace.org/index.php?index=article&articleid=13867>
- Gutman, Roy (2011). "Bahrain's Sunni Rulers Target Shiite Mosques". *Christian Science Monitor*, 11.may. <http://www.csmonitor.com/World/Middle-East/2011/0511/Bahrain-s-Sunni-rulers-target-Shiite-mosques>
- Herman, Edward; Peterson, David (2004). "A Study in Propaganda: Marlise Simons on the Yugoslavia Tribunal". *The Trial of Slobodan Milosevic*. Nottingham, Inglaterra: Spokesman for Socialist Renewal.
- Horowitz, Adam (2009). "Shocker! Congress Does Not Reflect People's Opposition to Gaza Assault". *Mondoweiss*, 10.ene. <http://mondoweiss.net/2009/01/adam-horowitz-writes-the-rasmussen-poll-said-that-democrats-by-55-to-31-were-opposed-to-israels-assault-on-gaza-the-followi.html>
- Human Rights Watch (2005). "Still Critical". 07.mar. <http://www.hrw.org/node/11822/section/4>
- Johnstone, Diana (2002). *Yugoslavia, NATO and Western Delusions*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Kuras, Eva (2007). "Kurds in Turkey – Still Fighting for Freedom". *ZNet*, Enero. http://www.thirdworldtraveler.com/Middle_East/KurdsFreedom_Turkey.html
- Malmisanij, M. (2006). *The Past and Present of Book Publishing in Kurdish Language in Turkey*. Next Page Foundation. <http://www.npage.org/IMG/pdf/Turkey.pdf>
- Mandel, Michael (2004). *How America Gets away with Murder: Illegal Wars, Collateral Damage and Crimes Against Humanity*. Londres: Pluto Press.
- Mark, Monica (2012). "Malian Islamists attack world heritage sites in Timbuktu". *The Guardian*, 02.jul. <http://www.guardian.co.uk/world/2012/jul/02/mali-islamists-attack-world-heritage-mosques-timbuktu>
- Transcripción del juicio de Milosevic [*Milosevic Trial Manuscripts*] (2003). 08.jul. <http://icr.icty.org>
- Mozgovaya, Natasha (2009). "Palestinians Under World Pressure Not to Declare State Unilaterally". *Haaretz*, 16.nov. <http://www.haaretz.com/print-edition/business/palestinians-under-world-pressure-not-to-declare-state-unilaterally-1.4075>
- NATO (1999). *NATO Crimes in Yugoslavia: documentary evidence*. Federal Republic of Yugoslavia, Federal Ministry of Foreign Affairs, Belgrado.
- Parenti, Michael (2000). *To Kill a Nation: the Attack on Yugoslavia*. Londres: Verso.

- Peic, Sava; Telalovic, Alsa (1999). "Sarajevo: coping with disaster". *Disaster and After: The Practicalities of Information Service in Times of War and Other Catastrophes*. Taylor Graham, pp. 135-160.
- Ravid, Barak (2009). "Spanish FM: We'll act to prevent war crimes against Israel". *Haaretz*, 30.jul. <http://www.haaretz.com/hasen/spages/1059964.html>
- Riedlmayer, Andras (2005). "Convivenca under Fire: Genocide and Book Burning in Bosnia". *ICSL*, 1 (1), diciembre, pp. 28-53
- Riedlmayer, Andras (2007). "Crimes of War, Crimes of Peace: Destruction of Libraries during and after the Balkan Wars of the 1990s". *Library Trends*, 56 (1), Summer, pp. 107-132.
- Rothfield, Lawrence (2009). *The Rape of Mesopotamia: behind the looting of the Iraq Museum*. Chicago: University of Chicago Press.
- Said, Edward (2000). "The Treason of the Intellectuals". *Masters of the Universe: NATO's Balkan Crusade*. Nueva York: Verso, pp. 341-344.
- Stanton, Danielle; LeDonne, Tim; Crespan, Kat Pat (2010). "One Million Deaths Caused By U.S. Occupation". *Project Censored*, 30.abr. <http://www.projectcensored.org/top-stories/articles/1-over-one-million-iraqi-deaths-caused-by-us-occupation/>
- Twiss, Tom (2003). *Damage to Palestinian Libraries and Archives during the Spring of 2002*. International Responsibilities Task Force of the American Library Association's Social Responsibilities Round Table. <http://www.pitt.edu/~ttwiss/irtf/palestinlibsdmg.html>
- Werner, Hans (2009). "Robbing the Cradle of Mankind". *Toronto Star*, 05.jul., p. IN6